

El largo camino a casa

EPPING, INGLATERRA

7 DE SEPTIEMBRE DE 1940

El día en que empezó el horror, Susan Shepherd estaba trabajando en un palomar, esparciendo el pienso —una mezcla de sorgo, trigo y guisantes secos— en una larga bandeja metálica. Unos cuantos pichones adormilados sacaron la cabeza de debajo del ala, pero no se molestaron en salir del nido. La mayoría de las palomas estaban fuera, volando en círculos sobre los ondulados pastos verdes o posadas en las ramas de los inclinados abedules del bosque de Epping.

—Vosotras nos ayudaréis a salvar Inglaterra —les susurró.

El palomar era un cobertizo de madera de tres metros y medio por tres metros y medio cuyas paredes estaban repletas de nidos, como si fueran las casillas de una clase de primaria, sólo que en lugar de botas de agua, gorros o guantes mojados, aquellos pequeños compartimentos eran el hogar de más de sesenta palomas. Aquél era el primer palomar que había construido su abuelo, Bertie, antes de que ella naciera. Durante los últimos doce meses, sin embargo, habían construido a toda prisa una docena de palomares más. Desde que ella se había marchado a estudiar Zoología a la Universidad de Londres, el único cambio en la granja de su abuelo era que ahora había más palomas. El mismo olor mohoso: una mezcla de plumas, excrementos

y grano. No tenía pensado volver a casa tan pronto, pero su trabajo como voluntaria en el Servicio Colombófilo Nacional la había obligado a posponer sus estudios para dedicarse a una tarea mucho más importante: criar palomas militares.

Mientras Susan se sacudía restos de pienso de la raída falda —remendada con parches y zurcidos— dirigió la mirada hacia las desvaídas marcas de lápiz de la pared. Las había hecho Bertie cuando ella era niña para medir cuánto crecía. Susan pegaba la espalda a la pared y estiraba el cuello como si fuera una jirafa. Ansiosa por crecer, incluso había recurrido al truco de rellenarse los zapatos con pañuelos de papel. Y seis meses después, Bertie se había echado a reír al descubrir que su nieta —que había olvidado los pañuelos de papel— había encogido un par de centímetros. Durante su infancia, había llegado a gustarle el roce del lápiz en lo alto de la cabeza, el sonido de la mina al arañar la pared, el darse la vuelta expectante para comprobar cuánto medía ya mientras un público formado por palomas arrullaba entusiasmado. Susan se arrodilló y acarició la primera marca: era de cuando apenas caminaba, poco después de que se hubiera ido a vivir con Bertie.

«I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza.»

Susan ahuyentó de su mente aquella canción infantil para saltar a la cuerda, luego cogió una cuchara de madera y rascó el lado de una vieja lata metálica. En su día había contenido la pintura que con el paso del tiempo había empezado a desprenderse del revestimiento exterior de la casa de su abuelo.

Las palomas se dirigieron a un agujero practicado cerca del techo. Una a una, entraron en el palomar y revolotearon hasta posarse. Corretearon por el suelo, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás y sacudiendo las patas, mientras que el cuerpo permanecía firme, como si fueran

capaces de sostener mazorcas de maíz en equilibrio sobre la cola. Entró el último pájaro, se posó en el barril de grano y ladeó la cabeza.

—Hola, *Duquesa* —dijo Susan.

El pájaro —único gracias al reluciente plumaje violeta y verde del cuello, más propio de un pavo real que de una paloma— revoloteó hasta posarse en el suelo y se acercó caminando a los pies de Susan.

—Me temo que te he malcriado un poco.

Susan se echó algo de pienso en la mano y se arrodilló.

Duquesa picoteó los granos.

Los golpecitos del pico le hicieron cosquillas a Susan en la palma de la mano. Sabía que no debía dar de comer con la mano a una paloma: no era el protocolo del Servicio Colombófilo, ni el de su abuelo, y, sin duda, causaría problemas si *Duquesa* entraba en servicio. Pero aquella paloma era distinta. Y todo porque un gato salvaje había conseguido colarse bajo la puerta y acabar con la vida de *Skye* e *Islay*, dos de las palomas de carreras que más apreciaba Bertie.

Tres años atrás, Susan y Bertie habían encontrado lo que quedaba de *Skye* detrás del barril de grano. A *Islay* la habían hallado en su nido con una herida grave en un ala: estaba sentada sobre el huevo que había puesto justo antes del ataque. Susan y su abuelo habían tratado de entablillarle el ala con cinta y astillas de madera, pero estaba demasiado débil para comer y había permanecido cinco días incubando el huevo antes de morir. La habían enterrado junto a *Skye* en una de las cajas de tabaco de Bertie, en la linde del bosque de Epping.

Puesto que ninguna de las otras palomas había querido sentarse encima del huevo, contaminado por la tragedia felina, Susan había insistido en incubarlo ella misma, pese a que su abuelo estaba convencido de que las posibilidades de que el huevo eclosionara eran tremendamente escasas, sobre todo sin una incubadora calibrada, que no podían

permitirse. Pero Susan era tan cabezota como Bertie, así que había cogido el cuenco azul de cerámica, el que su abuela usaba en otros tiempos para comer las gachas de avena. Había calentado el cuenco con agua de la tetera para conseguir una buena temperatura, después había envuelto con mucho cuidado el huevo en una toalla ligeramente humedecida y lo había metido dentro del cuenco. Por último, había colocado el cuenco debajo de la lámpara de escritorio de Bertie y, con la ayuda de un termómetro, lo había situado a la distancia adecuada para alcanzar la temperatura ideal, que previamente había comprobado introduciendo el termómetro bajo el cuerpo de una paloma que estaba incubando.

Durante dos semanas y dos días, Susan giraba el huevo cada ocho horas y vertía unas gotas de agua en la toalla para conservar la humedad necesaria. Y pese a que las probabilidades apuntaban a que tendría que enterrar el huevo junto a sus padres, el huevo empezó a vibrar un domingo por la mañana, temprano. Susan y su abuelo se saltaron la misa, acercaron las sillas y se quedaron allí tres horas viendo cómo el huevo se iba abriendo lentamente. Cuando las campanas de la iglesia resonaron por todo Epping para dejar libres a los fieles, un tembloroso polluelo se asomó al mundo.

—Tus padres y tu abuela estarían orgullosos de ti —le había dicho Bertie.

Y Susan, con un nudo en el pecho, había sonreído y había acariciado con delicadeza al polluelo.

Había sido un milagro, pero Susan sabía que aquel polluelo seguía teniendo muy pocas posibilidades de sobrevivir sin la ayuda de la leche de buche de sus padres. Decidida a no rendirse, procedió a moler semillas hasta formar una pasta y alimentó ella misma al polluelo. Al cabo de unos días, la cría se tenía en pie, podía desplegar las alas y picotear. Una semana más tarde, ya comía pienso con las demás aves en el palomar. Y Susan la llamó *Duquesa*, pese a

que su abuelo prefería bautizar a sus palomas de carreras con el nombre de remotos parajes escoceses que nunca habían visitado.

Duquesa se había convertido en un ave extraordinaria. Y no sólo por su aspecto, ya que las plumas del cuello centelleaban como la madreperla. Era su inteligencia —o extraño comportamiento, como decía su abuelo— lo que la hacía destacar entre las demás. Mientras que a las palomas mensajeras se las entrenaba recompensándolas con comida, *Duquesa* parecía moverse más bien por el deseo de entender el mundo que la rodeaba, como si tras sus ojos dorados se ocultara una extraña curiosidad. En lugar de unirse al grupo, *Duquesa* se contentaba con observar comer a sus compañeras posada en el hombro de Susan, zureando a modo de respuesta a las palabras de Susan, como si disfrutara con el arte de la conversación. Más impresionantes aún eran sus condiciones físicas: por lo general, siempre era la primera en llegar a casa después de que Bertie y Susan liberaran a las palomas en un punto lejano para los vuelos de entrenamiento. Bertie solía decir que *Duquesa* era la más rápida en volver sólo porque quería acaparar durante unos minutos toda la atención de Susan. La joven se reía, pero estaba convencida de que había algo de verdad en aquellas palabras.

Mientras Susan le acariciaba el lomo a *Duquesa* con un dedo, se oyó una sirena. Se quedó inmóvil. El sonido empezó como un gruñido sordo y fue aumentando de volumen hasta convertirse en un estridente aullido, que se interrumpía y luego se reanudaba. Se le puso la piel de gallina en los brazos. Las palomas comenzaron a revolotear. Las paredes vibraron. El pienso del comedero tembló.

La puerta se abrió en ese momento de golpe. Su abuelo, un hombre patizambo que llevaba un deslustrado casco de acero, gritó: «¡La Luftwaffe!». Cogió a Susan de la mano y tiró de ella.

Susan vio la puerta de muelle cerrarse tras ella; *Duquesa* estaba tranquila en el suelo mientras las demás palomas correteaban asustadas.

—¡*Duquesa*!

Se soltó de su abuelo, abrió de nuevo la puerta y cogió al pájaro.

Susan, con la paloma sujeta bajo el brazo, corrió con Bertie hacia el refugio antiaéreo tal y como habían ensayado muchas veces, aunque siempre rezando para que aquel día no llegara nunca. Sabían, sin embargo, que sólo era cuestión de tiempo. Mientras cruzaban el campo corriendo y pasaban junto a otros palomares, se oyó una sirena procedente del cercano aeródromo de North Weald.

Bertie se detuvo a recobrar el aliento. Se subió el viejo casco militar, que le caía sobre los ojos una y otra vez.

—¡Corre! —gritó.

Antes de llegar al refugio, la sirena enmudeció y fue sustituida por el zumbido de un enjambre de abejas mecánicas. Susan levantó la mirada y le subió la visera del casco a Bertie. Cientos de bombarderos enemigos, y casi el doble de cazabombarderos, oscurecían el cielo vespertino como si se tratara de un enjambre de moscas negras. Retumbó el fuego de las baterías antiaéreas. Negras nubes estallaron bajo aquel ejército del aire.

El refugio era un amplio montículo de tierra excavado bajo la copa de una inmensa haya. La hierba verde cubría la parte superior, con lo que el refugio se confundía con los terrenos de pasto. A excepción de la puerta delantera, que lo hacía parecer la casa de un hobbit, el refugio quedaba perfectamente camuflado. Susan había ayudado a su abuelo a construirlo, empujando carretillas llenas de tierra y mezclando cemento en cubos para revestir las paredes interiores, reforzadas con los ladrillos y los restos de metal que habían encontrado en una fábrica de conservas derruida. Para la entrada, habían reutilizado la puerta de una vieja letrina.

Los vientres de los bombarderos se abrieron justo cuando Susan y Bertie llegaban al refugio. En lugar de agazaparse en el interior de aquel hoyo, no pudieron evitar poner en riesgo su propia seguridad para quedarse a ver cómo los cazas Hurricane de la Real Fuerza Aérea británica, la RAF, sobrevolaban los árboles y ascendían raudos hacia el cielo. El escuadrón de Hurricanes quedó en clara desventaja numérica cuando los cazas de escolta enemigos, que lucían la Cruz de Hierro, descendieron para rodearlos. Los aviones de la RAF opusieron una breve pero valiente resistencia. Un Hurricane estalló después de que varias ráfagas de fuego enemigo le perforaran el tanque de combustible, y lanzó una lluvia de metralla sobre el bosque de Epping. Otro Hurricane recibió un impacto en la cola, descendió en picado y se estrelló contra un campo, sin que vieran al piloto saltar en paracaídas. Uno a uno, los Hurricanes de la RAF fueron abatidos, y los pocos aviones que tuvieron la suerte de sufrir daños leves se alejaron con los motores echando humo.

Susan y Bertie vieron a los invasores dirigirse hacia Londres, que estaba a poco más de treinta kilómetros, perseguidos tan sólo por el impreciso fuego de las baterías antiaéreas. De los vientres de los bombarderos brotaron semillas de destrucción que cayeron silbando hacia el suelo.

—Dios mío.

Cuando las primeras bombas estallaron, a Susan le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas.

A medida que caía la noche, el horizonte en el que se hallaba Londres quedó iluminado por cientos, quizá miles, de inmensas hogueras. Y con la oscuridad llegó una segunda oleada de bombarderos que arrojaron sus cargas explosivas durante toda la noche, guiándose por las llamas para localizar sus objetivos. El resplandor blanco de las bombas incendiarias iluminaba la oscuridad. El eco de las explosiones retumbaba en el aire.

A las 4.30 de la madrugada cesó el bombardeo. Susan se acercó a Bertie, que estaba sentado en el suelo, y lo ayudó a ponerse en pie. Con las débiles piernas, el hombre se arrastró al interior del refugio y se acurrucó en un catre, cubriéndose el rostro con el casco de acero. Susan, incapaz de dormir, se quedó fuera con *Duquesa* entre los brazos y contempló el resplandor del horizonte. El ruido siguió mientras los aviones alemanes sobrevolaban el cielo, ocultando las estrellas y la luna creciente. Susan cerró los ojos y rezó para que no regresaran. Pero volvieron la noche siguiente. Y también la noche del día sucesivo.

2

BUXTON, MAINE

8 DE SEPTIEMBRE DE 1940

Ollie Evans, atraído por el chirrido del columpio en el porche y por el olor a nueces tostadas de la achicoria, abrió la puerta mosquitera. Encontró a sus padres meciéndose suavemente, compartiendo una manta de lana y una taza de café mientras el sol anaranjado se elevaba por encima de los campos de patatas cubiertos de rocío.

La taza que su madre tenía en la mano, se fijó Ollie, era aquella cosa de color verde sapo que él había hecho en clase de arte cuando estaba en séptimo. Se echó a reír.

—¿De dónde la has sacado?

Su madre se encogió de hombros. Los mechones de pelo castaño desvaído le llegaban hasta la espalda. Bebió un sorbito de café. El vapor que ascendía de la taza se mezcló con el aire frío de la noche.

Ollie ya no era un niño. Medía metro ochenta, centímetro arriba o centímetro abajo, tenía el pelo ondulado y castaño, y unos ojos de color caramelo que había heredado de su madre. El hoyuelo que lucía en la barbilla era idéntico al de su padre. Cuando Ollie se sentó en los escalones del porche notó en el estómago la desagradable sensación de querer estar en otro sitio. No era raro permanecer en casa durante el otoño. Al fin y al cabo, la mayoría de las escuelas pronto iniciarían las vacaciones de las patatas. Por des-

gracia para él, su pausa para la cosecha iba a ser más permanente.

—Estoy orgulloso de ti —dijo su padre.

—¿Por qué? —preguntó Ollie.

—Por anteponer la familia a los estudios. —El hombre aceptó la taza que le ofrecía su esposa y bebió—. Lamento que sigas aquí, en casa. —Le dio un golpecito al bastón que colgaba de un lado del columpio—. No es justo que hayas tenido que quedarte.

—No pasa nada. La granja es importante. Y vosotros también.

Tres años atrás, a su padre le había resbalado el pie al pisar el embrague con la bota cubierta de barro mientras intentaba arrancar un tocón con el tractor. El vehículo había volcado y la pierna derecha se le había quedado atrapada. Se había roto la cadera y se había fracturado el fémur por dos sitios. Ollie, al ver que no podía levantar el tractor, había sacado a su padre apartando la tierra con una pala que había encontrado en el cobertizo de las herramientas. Su madre había llamado a una ambulancia y había ayudado a rescatar a su esposo retirando la tierra con las manos desnudas. Había acabado con tres uñas rotas. La recuperación había sido difícil: el padre de Ollie había tenido que someterse a dos operaciones quirúrgicas y a dolorosas sesiones de rehabilitación física. Y ahora, remendado con tornillos y placas, el padre de Ollie aún podía encargarse de algunas de las tareas de la granja, excepto arar y fumigar. Ya no podía pisar los pedales del tractor, pues era una tarea demasiado dura para su frágil pierna. A su padre no parecía importarle el hecho de moverse tan despacio como una tortuga, ni el dolor constante en las articulaciones ni la pronunciada cojera al andar. Era la incapacidad de volar lo que le había robado el alma: el pelo, oscuro en otros tiempos, se le había vuelto gris a medida que pasaban los días y él seguía en tierra, como si la baja altitud acelerara el proceso de envejecimiento.

Su madre colocó mejor la manta con la que se tapaban el regazo, le cogió la taza a su esposo y le dio el periódico.

El padre de Ollie retiró la goma elástica del periódico, se la enrolló en torno al índice y se la lanzó a Ollie.

Ollie se agachó, pese a saber que la goma le pasaría dos palmos por encima de la cabeza.

La sonrisa de su padre desapareció cuando desplegó el periódico.

—Santo cielo.

Su madre abrió mucho los ojos.

—Han bombardeado Londres —anunció el padre de Ollie mientras le mostraba el periódico.

—Pobre gente —señaló su madre.

Ollie se acercó a sus padres y echó un vistazo a los titulares del periódico: ¡ATAQUE NAZI! ¡LOS AVIONES ALEMANES ARRASAN LONDRES!

—Los alemanes ocuparon Francia en un mes —dijo el padre de Ollie—. Sin nuestra ayuda, tomarán Gran Bretaña en un año. Y antes de que nos demos cuenta, tendremos regatas de submarinos en Casco Bay.

Ollie cruzó los brazos cuando la conversación se convirtió en otro debate sobre la guerra. Por lo general empezaba con los periódicos y terminaba cuando su padre proclamaba el origen inglés de la familia.

—Roosevelt dice que debemos mantenernos neutrales —dijo su madre.

—Tarde o temprano entraremos en guerra —apuntó el padre de Ollie, dándose golpecitos en el muslo—. Si no tuviera una pierna inútil, no me importaría ir hasta Montreal para unirme a la marina mercante. Los canadienses, por lo menos, tienen agallas para defender a Gran Bretaña. —Bajó el periódico—. Puede que nuestra familia haya perdido el acento...

—...pero nuestra sangre es, y siempre será, británica —espetó Ollie interrumpiendo a su padre—. Lo sabemos.

En el porche se hizo el silencio, excepto por el chirrido del columpio y el graznido de un cuervo en el campo de patatas.

—Sólo digo que no lo olvides nunca.

El padre de Ollie dejó caer el periódico, cogió su bastón y se puso en pie.

—Papá, yo no quería decir que...

Su padre levantó la mano.

—Tu madre y yo tenemos recados que hacer.

Se volvió y entró en casa; la puerta mosquitera rebotó contra el marco.

La madre suspiró y miró a Ollie.

—¿Es que has olvidado cómo perdió tu padre a su hermano?

—Lo siento —se disculpó Ollie mientras recordaba al tío al que jamás había conocido.

El tío Henry había muerto en la Gran Guerra, dos años antes de que naciera Ollie. Cada año, para el cumpleaños de Henry, el padre de Ollie honraba la memoria de su hermano yendo a pescar salmones, que era el deporte favorito de ambos cuando de niños vivían en el norte de Inglaterra. Ollie solía acompañar a su padre aquel día y pescaban los dos con mosca en la soledad de las rizadas aguas del río Saco. Aunque su padre no hablaba mucho de los detalles, Ollie había conseguido entender que una nube de gas cloro había obligado a Henry a salir de su trinchera bajo el fuego de las ametralladoras. Henry había muerto en un campo francés del frente occidental. Y, con él, una parte del padre de Ollie.

—Deberías ser más respetuoso con los sentimientos de tu padre hacia la guerra. Y con los míos. —Su madre hizo una pausa—. ¿Quieres comer algo?

Ollie negó con la cabeza: se sentía como si tuviera el estómago lleno de arcilla.

—Tu padre y tú podéis seguir con la discusión cuando

volvamos del pueblo —dijo su madre, poniéndose en pie—. Y espero que te disculpes.

—Lo haré.

Su madre se apoyó las manos en las caderas.

—Lo prometo. —Ollie recogió la goma elástica y se la puso en la muñeca—. Será mejor que me ponga en marcha. Tengo mucho que fumigar.

—Ten cuidado —añadió su madre mientras entraba en casa.

Tras el granero, Ollie vio el maltrecho biplano de color amarillo canario: parecía un pájaro prehistórico calentando sus viejos huesos al sol de la mañana. El avión estaba lleno de combustible y cargado de insecticida o, como su padre llamaba de forma más precisa, polvo de hadas. Comprobó los tensores que unían las alas superiores a las inferiores, subió a la cabina y se caló su gorra de piel. Cuando puso en marcha el aparato, el motor carraspeó y la hélice empezó a girar, provocándole un estremecimiento en todo el cuerpo. Incluyó la palanca hacia delante y el aparato comenzó a avanzar por una pista de tierra, llena de baches, que dividía en dos el campo de patatas. El avión aceleró y la cola fue distanciándose del suelo. Al notar que la velocidad era la adecuada, y teniendo en cuenta que el panel de control no funcionaba, Ollie tiró hacia atrás de la palanca y el avión se elevó en el aire. Sobrevoló la casa mientras se preguntaba cómo iba a suavizar las cosas con su padre. Puso rumbo hacia las tierras de cultivo del este y dejó de pensar en la guerra para centrarse en su deseo de volver algún día a la universidad.

En Maine, la cosecha de la patata no tardaría mucho en terminar, lo cual pondría fin a la época de fumigación y a su tercer año en casa para ocuparse de la granja familiar. Si la cosecha de otoño era buena y el precio de la patata no caía en picado, tal vez consiguieran el dinero suficiente para que él pudiera ir a la universidad al año siguiente. Ya

lo habían aceptado en el Instituto Politécnico de Worcester. Pero antes de irse, quería asegurarse de que su padre estuviera mejor de salud. Si todo iba como era de esperar, dentro de cinco o seis años tendría su título de ingeniero aeronáutico, su billete para marcharse de Buxton.

En realidad, Buxton no tenía nada de malo. En muchos aspectos, una granja era un lugar fantástico para crecer, y Ollie no lamentaba haber tenido que quedarse para ayudar a su padre. Pero la mayoría de sus amigos ya hacía años que se habían marchado de casa: muchos de ellos trabajaban ahora como leñadores para una fábrica de papel o se pasaban el día izando trampas para crustáceos desde la popa de un bote langostero. Y los más afortunados, incluida su novia, habían ido a la universidad. Caroline se había trasladado a Bowdoin y al principio le escribía a menudo, pero sus cartas se habían vuelto cada vez menos frecuentes y finalmente le había dejado de escribir. Sus amigos del instituto, Stan y James, habían ido a la Universidad de Maine y no solían volver a casa durante las vacaciones. Estaban disfrutando de una vida de fiestas en el ámbito académico y en el mundo social, mientras que él seguía viviendo con sus padres. Habían seguido caminos diferentes y Ollie no podía culparlos por no haberse mantenido en contacto.

Caroline había sido la primera novia de Ollie. Habían estado saliendo durante el último año de instituto. Caroline era una chica guapa y popular, y su familia poseía uno de los mayores aserraderos del condado de York. Se contaba entre las familias más acomodadas de Buxton. Ollie estaba convencido de que lo que la había seducido era el hecho de que él supiera pilotar un avión, un rasgo muy atractivo teniendo en cuenta que los demás chicos se limitaban a conducir el coche de sus padres. Al principio, Ollie creía que Caroline era la chica con la que iba a pasar el resto de su vida. Pero las cosas habían cambiado cuan-

do el padre de Ollie tuvo el accidente. Caroline había dicho que los hospitales no le gustaban nada y, si bien había acompañado a Ollie y a su madre a visitar a su padre en la sala de recuperación, lo había hecho a regañadientes. Por otro lado, había expresado sus reticencias cuando Ollie había comentado que quizá tuviera que retrasar su ingreso a la universidad para ocuparse de la granja familiar. Al final, Ollie se había quedado en casa y Caroline se había marchado a la universidad. Poco a poco, se había ido distanciando de Ollie e incluso había puesto excusas durante las vacaciones, diciendo que estaba muy ocupada y que no podía ir a verlo. Ollie se había quedado desmoralizado. «No quiere correr el riesgo de verse atrapada en una granja conmigo.» Pero a medida que pasaba el tiempo, Ollie se fue dando cuenta de que el hecho de que Caroline y él hubieran seguido caminos distintos había sido lo mejor. Y lo más importante, ahora sabía que él deseaba mantener una relación como la que tenían sus padres: siempre se apoyaban el uno al otro, independientemente de las circunstancias inesperadas que les planteaba la vida. «Algún día amaré a una mujer tanto como papá ama a mamá.»

Pese a haber vivido siempre en un pueblo a cuyos habitantes conocía por el nombre de pila, Ollie se sentía desplazado. En Buxton sólo había dos cosas que hacer: trabajar la tierra o pescar, ninguna de las dos atractiva para alguien que prefería la velocidad de un avión a la lentitud de un tractor. Y, por otro lado, siempre había sido alérgico al marisco, casi no podía ni olerlo sin que le saliera urticaria y tuviera que irse corriendo al lavabo.

Si poseyera un título universitario, tendría más posibilidades de diseñar o construir aviones, y así ver otros rincones del país, quizá hasta podría viajar a California. Pero lo que de verdad quería hacer era volar. Se había enamorado de los aviones desde la primera vez que su padre lo ha-

bía llevado a fumar. Su padre se lo había sentado sobre el regazo, le había puesto una gorra de cuero unas cuantas tallas demasiado grande para él y había despegado hacia el cielo. Ollie, con una sonrisa grabada en el rostro, se había sentido fascinado por la forma en que el morro del avión apuntaba hacia las nubes cuando había tirado de la palanca hacia atrás. Su padre se había echado a reír, y Ollie había notado que su espalda rebotaba contra el estómago de su padre. Después, su padre le había empujado un poco las manos hacia delante para que el avión no hiciera un rizo, una maniobra demasiado peligrosa teniendo en cuenta que el aparato no disponía de arneses de seguridad. Cuando Ollie cumplió catorce años y ya era lo bastante alto para llegar a los pedales, su padre ocupó el puesto de copiloto y, poco a poco, fue dejando de darle instrucciones. Apenas un año más tarde, Ollie ya volaba solo, para desesperación de su madre, que ni siquiera había superado aún el miedo a que su hijo se hiciera daño jugando al fútbol. Para que la pobre mujer se tranquilizara un poco, el padre de Ollie había hecho instalar arneses de seguridad en el avión, pero teniendo en cuenta las temerarias acrobacias de Ollie, resultaban tan útiles como darle un paraguas a un funámbulo.

Cuando se acercó a una granja grande, Ollie empujó la palanca de mando hacia delante y notó cómo su cuerpo se elevaba al tiempo que el morro del avión se inclinaba hacia abajo. El motor rugió. El viento le azotaba la cara. A medida que se iba acercando al suelo, tiró de la palanca hacia atrás y la fuerza de la gravedad lo hizo hundirse más en el asiento. El avión quedó nivelado. Cuando se hallaba aproximadamente a un metro y medio por encima de un campo de patatas, accionó la otra palanca: una nube de polvo formó una estela tras la cola del avión y cayó sobre el campo como si fuera nieve. Al llegar al final del terreno, Ollie tiró con fuerza de la palanca de mando y el avión se elevó so-

bre una hilera de altísimos pinos. Viró hacia la izquierda y descendió para realizar una nueva pasada.

Ollie dedicó toda la mañana a fumigar campos. Tras terminar su trabajo en la última granja, comprobó el indicador del combustible —el único instrumento del panel de mandos que parecía funcionar— e inclinó las alas en dirección norte. Los campos fueron desapareciendo y, a lo lejos, vio su lugar preferido: el lago Sebago. En aquella zona había pocos granjeros, ninguno de los cuales era cliente del negocio de fumigación de su padre, por lo que era poco probable que a la madre de Ollie le llegaran noticias de las acrobacias de su hijo. De lo contrario, lo despegaría vivo.

Ya sobre el lago hizo un tonel rápido, como si el fuselaje estuviera girando en un espetón. Apuntó el morro hacia el cielo y siguió volando en dirección a las nubes hasta que la hélice perdió la batalla contra la fuerza de la gravedad y el avión se inclinó, justo antes de que el motor se parara, en una caída de ala. Mientras se precipitaba hacia el lago, enderezó el aparato y se deslizó sobre la superficie de aguas inmóviles, sintiendo la necesidad de sumergir el tren de aterrizaje.

Una niña con coletas salió de una casa —la única vivienda en la orilla norte del lago— y se quedó en el embarcadero. Se puso a saltar y lo saludó con la mano. Ollie inclinó las alas, pasó junto a la orilla y representó el número habitual para un público formado por una única persona. La niña, a la que Ollie sólo había visto desde el aire, debía de ir a primaria. Atraída por el rugido del motor, solía salir de la casa para verlo. Mientras la niña se sentaba en el embarcadero, Ollie subió en picado hacia el cielo, ejecutó el tonel volado y luego enderezó el aparato. Después realizó una inversión, un rizo interior y una serie de barrenas.

Para el gran final, eligió una acrobacia que había practicado menos pero que resultaba más espectacular: la caída de cola. Ejecutó un cuarto de rizo que lanzó el aparato en

picado hacia arriba, a toda potencia. El viento silbaba, la adrenalina le subía. El avión siguió ascendiendo hasta perder impulso y se quedó inmóvil un segundo antes de empezar a caer hacia atrás. Cuando el morro quedó por debajo de la línea del horizonte, Ollie empujó la palanca hacia delante y el aparato descendió en picado. Tiró con fuerza de la palanca de mando y enderezó el aparato cuando se hallaba a pocos metros de la superficie del agua, tan cerca que resultaba peligroso. El pulso le latió en los oídos. Vio a la niña de pie en la orilla, aplaudiendo.

Mientras descendía de nuevo, esta vez hacia la casa, se metió una mano en el bolsillo y sacó una nota atada a un trocito de madera. Lanzó el paquete, y éste cayó suavemente en un claro cubierto de hierba, a pocos metros de la orilla.

La niña corrió hacia el paquete, desató el cordel y leyó la nota: «Gracias por ser un público tan estupendo. Ollie».

La niña levantó los brazos para saludarlo y Ollie se alejó.

Soltó un poco el acelerador y zigzagueó por el cielo mientras volvía a casa, prolongando al máximo su tiempo en el aire antes de tener que empezar las tareas en la granja. A medida que se acercaba a Buxton, los densos bosques de pinos se fueron convirtiendo en ondulados campos de maíz, patatas y heno. Cuando por fin divisó la granja familiar, se dio cuenta de que la camioneta de su padre no estaba; en su lugar vio un coche nuevo y reluciente. Sobrevoló la casa y le pareció ver a un hombre vestido con ropa oscura en el porche. Viró para dirigirse a la pista y aterrizó. Apagó el motor, salió de la cabina y echó a andar hacia la casa. Mientras se acercaba, echó un vistazo al Plymouth de 1939, con su inconfundible techo blanco y laterales verdes. El agente de la policía de Portland bajó del porche y se quitó la gorra, dejando al descubierto la cabeza calva y unas patillas de pelo gris.

—¿Es usted Oliver Evans? —preguntó el agente.

A Ollie se le formó un nudo en el estómago.

—Sí.

—Se ha producido un accidente.

Ollie abrió la boca, pero no le salió nada.

—Se trata de sus padres.

—¿Están bien?

El agente se secó la cara con el pañuelo que había sacado del bolsillo.

—Lo siento.

Ollie notó una especie de sacudida y se inclinó hacia delante como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—No —gimoteó incrédulo.

El bombardeo de pensamientos y emociones fue tan intenso que tuvo la sensación de que el suelo giraba bajo sus pies. Se sintió aturdido, apenas podía andar, y el agente lo ayudó a llegar hasta el vehículo policial. Mientras se alejaban de la granja, el olor a humo de puro que impregnaba el interior del coche le revolvió el estómago.

—El conductor había bebido —explicó el agente mientras aferraba el volante—. Se ha saltado un semáforo en rojo, se ha subido a la acera y ha embestido a sus padres cuando salían de la ferretería Casco.

—Tiene que tratarse de un error —dijo Ollie.

Le palpitaba la cabeza y notaba el corazón desgarrado por una mezcla de rabia y desesperación.

El agente se aclaró la garganta.

—Ojalá fuera así, hijo.

Ollie se desplomó en el asiento como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. «¡Esto no puede estar pasando!» Sintió el deseo de accionar la manija de la puerta y saltar, de hacer lo que fuera para huir de aquella pesadilla. Con los ojos empañados en lágrimas, ocultó la cabeza entre las manos. Se mordió los labios y notó un sabor metálico.

Veinte minutos más tarde, Ollie llegó al Depósito de Cadáveres del condado de Cumberland. En el aire flotaba un intenso olor a alcohol. El forense, un hombre delgado y de aspecto serio que se estaba lavando las manos en un lavabo, cerró el grifo y luego acompañó a Ollie hasta una pared de cajones refrigerados metalizados. El forense se secó las manos en la bata de laboratorio, recorrió dos pasadores y abrió los cajones que contenían los cuerpos.

A Ollie se le encogió el corazón. El recuerdo de su padre recogiendo margaritas, la flor preferida de su mujer. La imagen de su madre dejando una nota escrita a mano en la fiambarrera de su padre. Pequeños detalles que simbolizaban el afecto que se profesaban el uno al otro. Pero ya no habría más flores para que mamá adornara la mesa de la cocina. Ni más notas cariñosas para que papá las añadiera a las que ya guardaba en un cajón de su mesilla de noche.

El agente, de pie junto a la puerta, volvió la cabeza.

El forense terminó de secarse las manos con la punta de su bata de laboratorio.

—¿Son sus padres?

A su madre le faltaba un zapato y tenía los dedos del pie de un tono azul pálido. Su padre tenía el pecho hundido y una grave fractura en el brazo izquierdo. Incapaz de dirigir la mirada hacia los rostros de sus padres, Ollie les tocó las manos, que estaban frías y rígidas. Empezó a llorar y luego asintió dirigiéndose al forense. Las camillas de acero se deslizaron de nuevo y sus padres desaparecieron en los cajones.